

LOS ESCANDALOS DE MAXIMON

Por Luis Antonio Díaz Vasconcelos

Un nuevo volumen, el número 19, ofrece a la cultura nacional ¿no será también para la extranjera?, el Seminario de Integración Social Guatemalteca. La labor lenta, bien orientada a sus fines, de aquella institución cultural, queda una vez más demostrada con el nuevo libro que por el propio título insinúa su contenido. El autor del nuevo volumen es el antropólogo francés, Michael Mendelson, quien ha dedicado tiempo y sapiencia a la antropología, tanto del hombre de Asia como del antepasado americano.

Mendelson escribió un volumen de más de 500 páginas, para su tesis al doctorarse en la London School of Economics, en Chicago, Estados Unidos, el cual redujo a lo más posible para presentar su trabajo que ve hoy luz pública con el título de «Los Escándalos de Maximón», un producto trabajado mediante la investigación realizada en propio terreno, en Santiago Atitlán, donde el autor permaneció desde octubre de 1952 a julio de 1953.

El trabajo mayor, así como la condensación, fueron dirigidos y aconsejados por el maestro Robert Redfield, quien le sirvió de mentor y guía en mucho. La obra tesaria fue denominada Religión y visión del mundo en Santiago Atitlán, al reasumirla, el autor cambió el nombre por el de «Los Escándalos de Maximón», con el que ha sido publicado por el Seminario.

El autor confiesa, en la iniciación de su trabajo, que «lo que escribe es un producto de juventud»; eso explica más de alguna duda que pueda caberle al lector con el correr de los capítulos de Mendelson. Asimismo, declara también que el objeto perseguido al escribir su tesis fue dar a los guatemaltecos información relativa a una de sus comunidades indígenas. Sin embargo, cree él que «logró un experimento antropológico muy especial». Y en verdad, el autor saltó de la apreciación de aspectos de la vida religiosa atiteca a una análisis más profundo de carácter universal en el terreno antropológico. Lo que debe señalarse es que en algunas de las conclusiones a que Mendelson llega, en el correr de sus páginas, no satisface en mucho a quienes en este medio estamos al tanto de la significación del mítico y legendario criollo Maximón. Ya que él, por los informes oficiosos de quienes le platicaron, lo transforma en semi-santo, eje-

cutor de milagros o algo por el estilo. Ya tendremos oportunidad más adelante de externar opiniones.

Este nuevo libro cuya versión al español corresponde a Julio Vielmann, fuera del prefacio, la bibliografía mencionada y varios artículos independientes que figuran como apéndices, está dividido en seis capítulos o temas. Antecedentes sociales, Religión, El Conflicto en la Religión y en la Política, El Mundo de San Martín, El Mundo de Jesucristo y El Mundo de Maximón, son las denominaciones de las materias. El lector sagaz podrá darse cuenta inmediatamente, al conocer los nombres en los capítulos, del método que el autor usó para elaborar su trabajo y el contenido de cada una de las secciones en que lo presentó. Mendelson se vale de los problemas genéricos de tipo antropológico universal para concluir con los conflictos de enfoque de actitudes y acciones puramente objetivos ambientales, sobre todo en Santiago Atitlán, —que fue campo de investigación—, para llegar al tema medular de la intención o sea el famoso Maximón.

Para orientación del lector y por razón de método antropológico, el autor clasifica los conceptos y actitudes sobre los que fundamentará sus estudios y conclusiones en grupos más o menos homogéneos. Los dos grupos contrastados —como los califica él mismo—, de creencias, los ordena bajo los títulos «El Mundo de San Martín» y «El Mundo de Jesucristo». El autor opina que «el grupo San San Martín no pertenece a la religión maya pura, de los tiempos precolombinos sino es más bien una mezcla de esta última con un catolicismo neomedieval. Para nosotros eso no es un descubrimiento nuevo. Yo estimo que no es sólo este grupo de creencias y actitudes el que manifiesta esa señalada mezcla de materiales con que han sido tipificados, sino que es todo el mundo mítico y real del autóctono el que tiene aquella característica.

Como Redfield —el orientador y asesor—, lo dice en una carta que el autor cita en sus líneas prologales «uno apenas puede hacer comentarios constructivos hasta no leer las páginas completas». Por eso, lo preferible, sería que el lector pudiera personalmente fijar sus ojos en este libro para que, con la seguridad personal que deja la experiencia propia, pudiera dar su opinión sobre el contenido

Pasa a la 15 página 3a. columna

VIENE DE LA 3a. PAGINA

y alcances de la obra. Empero, anticipándose a cualquier derivación obtenida por el lector más tarde, cuando pueda leer y examinar «Los Escándalos de Maximón», puedo decir, sin temor a contradicciones, que es un libro interesante por la literatura «filosofía» que puede encontrarse, así como el estudio de un tema que, por lo enigmático y genuinamente indígena, cobra proporciones nada comunes.

El autor seleccionó como elemento base para el estudio de tesis la curiosa y legendaria figura de Maximón, desde luego proyectada dentro del conflicto religioso que se forma, crece, ruga y allana a su alrededor, desde el momento en que el conquistador, por medio de su intolerante sacerdote, rompe las tradiciones religiosas del indígena en el siglo VI y cambia o mistifica la conciencia del autóctono.

Por la naturaleza de la investigación que realizó el autor, por el tiempo que dispuso, su tarea no fue fácil, como él lo confiesa, aunque se valió de informantes tanto de católicos apostólicos, como de

LOS ESCANDALOS DE MAXIMON

protestantes. Su dato fue formal y valioso para poder llegar a apreciaciones factibles de estimarse en lo que podían valer para concluir sobre creencias y mitos.

En el capítulo primero, «Los antecedentes sociales», como pilar central del estudio, el autor analiza, en forma antropológica, sin llegar a agotar las partes: el lugar y la gente, residencia, parentesco y matrimonio, y servicios a la comunidad en la organización político-religiosa.

En el segundo capítulo toca ya periféricamente al personaje motivado del estudio. El contenido de esta parte del libro se refiere a: Las cofradías. Su organización. Ritual. El ritualismo. Analiza el año ritual, donde presenta el ciclo de la Concepción, de Santiago, de San Juan o San Martín, de la Santa Cruz. Es aquí donde al referirse a los «ajkunes», personajes reales en la convivencia indígena pueblerina, pero con contornos místicos, esotéricos y quién sabe si de hechiceros, ya hace interve-

nir al famoso Maximón, como el elemento espiritual iniciador del «ajkun».

El propio título del capítulo III sugiere inmediatamente el contenido del mismo: «El conflicto en dice que el libro «fue escrito bajo la Religión y en la Política». Aquí el autor hace un ligero recuento de algunos sucesos acaecidos, cabalmente alrededor del personaje central de la tesis. Es gráfico e histórico en esta parte. Habla sobre los conflictos del año 1959, las excitaciones de 1952 y 1953 y menciona también los de 1914.

«El mundo de San Martín», que es el capítulo IV, es un análisis variado de: creencias, actitudes, conceptos, afirmaciones, costumbres, ideas y formas de apreciación de los atitecos; son analizadas metódicamente en conjuntos, que el autor forma temáticamente, agrupándolos en: forma y dirección, señas, habla, movimiento, noción de propiedad, santo de cofradías, historia receptiva, santo mundo, suerte, y suerte e ignorancia.

Con el título de «El Mundo de Jesucristo», allana su trabajo en el capítulo V y trata de demostrar que «el atiteco ordinario se refiere a Jesucristo como jefe absoluto de todos los dueños únicamente cuando habla con un extranjero o cuando había específicamente dentro del contexto de un ritual católico, siendo para el personaje principal, San Martín». Agrega: «Por lo consiguiente, puede afirmarse que Atitlán ha mayanizado la nueva religión». Objetivamente analiza las siguientes materias: San Martín y Jesucristo. Los protagonistas y las creencias antiguas, y la nueva formulación de antiguas creencias.

En el capítulo VI se trata sobre el principal motivo de la tesis, es decir Maximón. En tres momentos: San Martín y Maximón, Maximón y la Historia y La Religión y la Visión del Mundo, el autor se refiere a su principal motivación. Después de discutir y agotar las tres categorías primarias: ego, sociedad y naturaleza, Mendelson se enfrenta con la cuarta o sea el tiempo y así enfoca su estudio sobre el mítico personaje motivado principal de la tesis.

La obra es en su totalidad dura y heterogénea, ya que se trata de un estudio antropológico, de suyo erudito y, como es lógico, las tesis son sobre motivos colectivos, ya que antropología, no obstante que estudia al hombre, lo hace en las relaciones gregarias, sociales, entre individuos y nunca el «hombre» solitario, contemplativo o anatómico. De todos modos, el comentario sobre muchas materias es rico y espontáneo, aunque se distancie en algunos momentos del vivir general de nuestros autóctonos; la imaginación toma vuelos en muchos momentos. Sobre esto debe recordarse que Mendelson se concreta a un pueblo: Atitlán. Creemos que el autor, para justificar todo lo que la crítica pueda formular en su contra,

apremio considerable y con sensación de que al condensarlo tan radicalmente —insistimos en que es una condensación de su propia tesis—, en el mejor de los casos, sólo podría alcanzarse un éxito parcial.

Con criterio subjetivo, el Maximón estudiado y retratado por Mendelson, es un ser complicado. Todo se explica a la altura en que el autor realizó su trabajo de investigación y la propia sensibilidad de él, como extranjero no connaturalizado totalmente con nuestro mundo indígena, máxime que su visión fue reducida a un ámbito geográfico excesivamente pequeño: Atitlán. No debemos olvidar el inconveniente del idioma. Es necesario sostener a todo trance que Maximón es un ídolo, no un santo.

Nuestro Maximón conocido popularmente no llega a la altura del Maximón complicado que Mendelson llegó a estructurar analíticamente en su libro. El Maximón guatemalteco: ladino, indígena o mestizo, es una concepción imitativa del bíblico Judas, encarnando el hombre desagrado, el traidor, el mal compañero, el que lesiona la confianza. Se concibe como un sujeto cínico de aguda inteligencia. Nuestro Maximón que sufre el fuego al final de la Cuaresma, tiene mucho también del legendario «Judio Errante». Cabalmente Mendelson, en el capítulo VI, señala una cualidad atribuible al trotero bíblico israelita, llamado por la literatura Asvero, cuando dice, refiriéndose a informaciones sobre nuestro personaje: «En primer lugar, es un gran caminante; «Telina» dijo que caminaba por la noche en todos los países, incluyendo Inglaterra y Francia, y aun Rusia». La cita es elocuente para nuestra tesis.

Fuera de toda erudición antropológica, con ritual criollo y simplista apreciación, nosotros decimos que Maximón no constituye el bíblico Ángel que por soberbia es condenado a vivir en los infiernos, es decir Luzbel, o el Diablo. Tampoco es el griego personaje de la mitología, hijo de Perseo y de la Aurora; célebre enganchador de las Horas, que caminaba en aventuras astronáuticas, en el carro del Sol, es decir Lucifer. Tampoco es el aristocrático personaje goetheano, que trajina y vive en el mundo del conocido Fausto, es decir Mefistófeles. No es una contrafigura, ni un desdoblado; tampoco es el lado malo que adquiere el doctor Jekyll en su desenvolvimiento a mister Hyde, al usar el brebaje químico que ha preparado. ¡No! Maximón no llega a tanto. Maximón es la personificación de la traición. Que el indígena, con la tendencia a la superchería y a la hechicería, lo haya mezclado en múltiples actitudes y actividades, es distinto.

De tal manera que ya tenemos otro libro. Yo digo que nacional, no sólo por haber sido editado por una institución nacional, sino que también por el problema o las motivaciones que son examinadas y comentadas en sus páginas.

Luis Antonio Díaz Vasconcelos